



<p>SE PUBLICA</p> <p>UN CUADERNO SEMANAL.</p> <p>PRECIO, UN REAL al recibir el número.</p> <p>AÑO I.</p>	<p>COLABORADORES.</p> <p>CASTELLAR, BÀRCIA, GRENSE, M^e Y MARGALL, FIGUERAS, RUÑER, GARRIDO, ROBERT, SANCHEZ PEREZ, JOARISTI, CALA, CORDOVA, SANCHEZ RUBIO, PIEDA, ALTADILL, ZAPATA, TREMERA, ESTÉBANES, SOLER, MERCADO, LOZANO, SASTRE, ANER, VAIDÉS, FLORES, LA FUENTE, MINQUET, SIERRA, COLL, PINEDO, ALMIRALL, RUBAU, LONTAU, CLAY, RISTA, CARRIOM, ETC.</p> <p>DIRECTOR,</p> <p>Enrique Rodríguez Solís.</p> <p>MADRID 27 DE AGOSTO DE 1871.</p>	<p>EDITORES</p> <p>J. CASTRO Y COMPAÑIA.</p> <p>ADMINISTRACION: Plaza de la Cebada, 11, Madrid.</p> <p>NÚM. 11.</p>
--	--	--

SUMARIO.

TEXTO.—El labrador, por Emilio Castelar.—Un viajecito à Liaboa, por E. Sanchez y Rubio.—La Aracania, por Luis Aner.—Quién fuera rey ocho días por Francisco Rispa y Perpiñá.—La Gloriosa, por N. Estébanes.—Derechos del obrero, por I. Sastre.—Instrucción primaria, por Q.—José Garibaldi, por Liso.—Consejos higiénicos, por Nazario de Josa.—Barrio de la Ribera y convento de San Francisco en Vigo.—La cantinera republicana (novela).—Revista general, por E. Rodríguez Solís.

GRABADOS.—Tipos allegados.—Barrio de la Ribera y convento de San Francisco en Vigo.—José Garibaldi.—Vista de la casa de Garibaldi en Caprera.

EL LABRADOR.

El labrador es el rey de la naturaleza, pero el esclavo de la sociedad. Los cielos ofrecen rocío à su obra, el sol la fecunda, el aire la conserva, la tierra la alimenta, las estrellas velan sus noches, y todos los ecos de la creación son cantares, que, ó celebran su nacimiento, ó lloran su muerte. Todos los gérmenes de vida que el aliento del Creador esparció en los espacios, como semilla eterna de los séres, se fecundan, y brotan, y crecen al soplo del labrador. De suerte que sus brazos son como el instrumento de que Dios se vale para perfeccionar la naturaleza.

¡Qué hermoso es cuando el cielo se esmalta con ese azul riente de la primavera, y la tierra comienza à dar el jugo de su sàvia à los árboles, ver desde la humilde cabaña, ni envidiado ni envidioso, las primeras blancas

y rojas flores que dà el almendro, las primeras mariposas que rompen su capullo y se bañan en suaves aromas, siendo el pétalo viviente de las flores; la primer golondrina, que, cansada de su larga travesía, se posa en la cúspide del campanario, como atraída por un ciego sentimiento religioso; y de esta suerte es el alma como relámpago de la luz increada, como eterno eco de las armonías de la creación, y vive con la vida universal, que descende à raudales de los cielos. El labrador ofrece à la sociedad los tributos de la naturaleza. Suya es la vela que el marinero extiende para aprisionar los vientos; suya la seda en que se envuelve el magnate; suyo el blanco lino que viste el niño en su cuna; suyos son todos los velos con que se resguarda el cuerpo de las inclemencias de los elementos, porque es como el mediador entre Dios y la naturaleza, entre la naturaleza y el hombre. Y cuando la estación de las lluvias viene, arroja el trigo en la tierra, depositando en él todas sus esperanzas, que reverdecen al verlo brotar, hasta que el sol del estío lo dora, y entonces, cuidadoso, lo recoge con deleitosísimo afan, y alimenta à infinitos séres, pues sus manos, siempre avaras de los tesoros de la vida divina, la reparten entre los hombres.

Y sin embargo, ¡pobre obrero de Dios que así contribuyes à realizar sus fines, que recoges en tus manos su rocío, que llevas las fuentes de la vida à los labios de todos los hombres! ¿Cómo no se han ocupado los hombres de tu suerte? Los mismos que visten esa seda, que sin tí nunca se viera tejida; los mismos que te deben

esos ricos alimentos, te menosprecian, te olvidan. Cuando una joven del gran mundo marchita entre los rizos de sus cabellos una flor, no se acuerda del pobre que la arrancó á la tierra consagrándola cuidados inmensos, poniendo en ella todos sus pensamientos, para que el sol no pudiera abrasarla, ni desvanecerla el viento, ni ahogarla en sus torrentes la lluvia, ni roerla los insectos; y cuando seca y casi deshojada la arroja de sí, ignora que las lágrimas del pobre labrador acaso se mezclarían en aquel cáliz con las lágrimas del rocío. ¡Y si fuera solo esto! El labrador no se cura del mundo; trabaja porque trabaja, como el ruiseñor canta sin saber si sus cantares se perderán en los aires, ó irán á regalar con sus acentos enamorados corazones.

El labrador, al borde de su era, rodeado de sus mieses, bajo un árbol que plantó su padre, y que deja caer sobre él sus ramas ofreciéndole regalados frutos; recostado en el lomo de uno de sus bueyes, que uncidos le miran sumisos como si se apercebiesen al trabajo; viendo cruzar por los aires la blanca paloma, á quien presta asilo, y sestear á sus plantas los corderillos que apacientan; entonando al par cantares melancólicos, que se parecen al ruido de las hojas secas en el otoño, es un artista de la naturaleza.

¿Qué pintor trazó jamás una flor como la flor del almendro, que parece copo de nieve dorado por los rayos del sol poniente? ¿Qué poeta sacó jamás á su arpa sonos tan meladosos como esos cantos populares que al caer la tarde, cuando la campana de la oración saluda á los nacientes astros, levantan al cielo perfumador en el amor divino los pobres labradores? ¿Dónde hay un cuadro más bello que una de esas campañas meridionales, arregladas por el trabajo del pobre labrador, en que las vides se extienden formando verdes alfombras por los suelos, y se levantan el sombrío olivo, y el limonero y el naranjo cargados de frutos de oro y flores de plata, que como pebeteros orientales llenan de aromas los aires, y sobre tantos árboles de varió verde matizados se eleva la palmera, destacándose su orgullosa corona en el azul del firmamento. Pero como el poeta en estos tristes tiempos, el trabajador lucha con la sociedad y la naturaleza. La quinta le arranca sus hijos, la usura sus frutos. Su trabajo se pierde en lo vacío. Cuando apenas ha recogido las primicias del año, el fisco extiende sobre él su despiadada mano. Ni quiere conocer una asociación que le alivie en su trabajo y que le sustente en sus dolores. Tal es su triste suerte.

Pero no te desconsuelen ¡pobre labrador! vendrán días mejores, en que la República matará la usura dándote Bancos agrícolas para libertarte de su oprobiosa servidumbre; el derecho, resplandeciendo como una estrella sobre tu frente, endulzará tus días; la asociación te proporcionará máquinas que te ayuden á domeñar la naturaleza; la libertad, lejos de arrancarte tus productos, te hará reproducir en creces y largueza tus tributos, no consagrándolos á comprar voluntades á los tiranos; y tu alma entonces se cernerá gozosa sobre los campos como las mariposas sobre las flores.

Mientras tanto yo nada puedo hacer por tí. Si Dios encendiera alguna idea en mi oscura mente la pondría á tu servicio, como á tu servicio he puesto los sentimientos de mi corazón. Así, solo me es dado pedir al cielo que se acerquen esos días, uniéndolo á tus ruegos

las oraciones que me enseñó mi madre; lengua universal con que los cristianos, aunque apartados por la distancia, nos dirigimos á Dios, uniéndonos en amor infinito y en inefables y tiernas esperanzas.

EMILIO CASTELLAR.

UN VIAJECITO A LISBOA.

(Conclusion.)

¡Cuánto esfuerzo y cuánta virtud revelan los establecimientos benéficos de Lisboa, alumbrados de gas; con retretes inodoros, en que el agua hace su deber por medio de los más ingeniosos mecanismos; con científicos y perfectos sistemas de renovación del aire; con cocinas que hacen abrir el apetito en lugar de producir náuseas, cual en otras partes sucede; con lavaderos al vapor y alcobas mortuorias, en las que permanecen los cadáveres acostados durante veinticuatro horas en camas, hechas como para enfermos, y con el tirador de un timbre eléctrico sujeto por medio de anillos á la mano!

¡Todo esto sin hermanas de la Caridad ni administración eclesiástica!

En Lisboa es en donde he visto asilos más limpios y ordenados; allí es donde he experimentado la sorpresa de hallar un hospicio que ofrece á sus asilados enjuague para la boca, cepillo para los dientes y tabaco rapé y para fumar. Y como última y elocuente prueba de la atención que Lisboa dedica á la desgracia, puede figurar el hospital para niños, que se está allí concluyendo de construir, y en el cual llega el refinamiento de perfección á una altura que el lector puede medir con solo saber que son de cristal los tiradores de las puertas de las grandiosas enfermerías y demás hermosos departamentos del edificio.

Lo único que sirve de contrapeso á tanta belleza es la fealdad de la Inclusa y las cifras de ¡14.952! acogidos que se criaban y educaban fuera de aquella triste casa el día en que yo la visité, además de otros 309 que en ella se albergaban: total, 15.261 infelices, que no solamente arruinan al establecimiento, sino que inferen á Lisboa grave ofensa moral.

En Madrid es mucho menor esta desdicha, porque con una población aproximadamente igual á la de Lisboa no alcanzamos sino á la mitad de estos guarismos desconsoladores; por ejemplo, el día 31 de Diciembre de 1886, último dato que la casualidad pone á mi vista y que no sustituyo por otro más reciente á causa de la falta de tiempo para procurármelo, se contaban 5.855 acogidos fuera de la casa y 22 en ella. Aun cuando reünamos á estos números los que representan la población de los colegios de Desamparados y de la Paz, que ignoro si son instituciones incluidas en la llamada *Casa de misericordia* de Lisboa, tendremos que añadir las cifras de 416 correspondiente al primero de estos establecimientos, y 210 al segundo; lo que da un total de 6.503. Lícito es creer que esto que sucedía en Diciembre de 1886 será lo que siga sucediendo, á poco más ó menos, y que puede servir, por lo tanto, para formar idea de esta parte de la vida de nuestra ciudad; como lo que hoy sucede entre nuestros vecinos sirve, sin duda,

para tomar temperamento de su situación en este punto importantísimo.

Los límites de un artículo escrito á vueta pluma no consienten que yo me detenga á detallar todo cuanto me ha sido dado ver en la capital portuguesa durante los doce días que en ella he permanecido. Me contentaré, pues, con recomendar á los viajeros españoles: que visiten la clásica torre de Belem, miniatura feudal, que hace recordar con pena el grandioso alcázar de Segovia; la Iglesia, claustro y galería de Belem, de donde partió Vasco de Gama para el descubrimiento del camino de la India, que lo halló por el cabo que desde entonces se llamó de Buena-Esperanza; el palacio de Ajuda, ideado por el cocinero Favri y aun no concluido, con todo de ser la residencia de verano del rey; el observatorio astronómico, montado á la altura de los últimos adelantos y á punto de recibir las últimas piezas de su perfecto mecanismo; San Vicente de Fora, iglesia construida por Felipe II, semejante en estilo al Escorial y lugar donde se conservan con grande originalidad y bastante riqueza los restos de los monarcas portugueses; la capilla de San Juan en la Iglesia de San Roque, célebre por sus cuadros de mosaico, sus columnas de lápiz-lázuli y ágata, sus adornos de amatista, pórfido y bronce, sus esculturas de mármol de Carrara y su conjunto admirable; la colección de carruajes de la real casa, verdadera historia monumental de la locomoción pasiva, sin rival en el mundo; el palacio y jardines de Belem y la cascada de Caxias, notables por su novedad y por la hermosura de sus plantas de estufa; la sala de sesiones de la Cámara de los Pares, tan rica como de buen gusto; la escuela de agricultura, la politécnica, el depósito de aguas de la Compañía, la imprenta nacional, el matadero y alguna de las quintas de recreo de los alrededores, seguros de que en todos estos sitios, y en muchos otros, hallarán tales muestras de civilización y progreso, que habrán de quedar asombrados.

En cuanto al ejército, supera el nuestro al portugués en marcialidad, armamento, equipo y espíritu militar. Se ve retratado en aquel ejército el aislamiento político de Portugal. Pero me parece que nuestros honrados vecinos solo deben lamentar este aislamiento, no la poca importancia guerrera de sus fuerzas militares, suficientes y aun sobradas allí, como en todas partes, para el objeto de conservar el orden, y no tan influyentes como en otras regiones en la vida de los poderes públicos; que el ejército está encargado de sostener y no de amenazar. En este concepto, tengo por muy envidiable la modestia militar de nuestros hermanos portugueses.

Las fondas lisboenses están generalmente muy bien servidas, pero en cuanto á precios hay de todo; no espere, sin embargo, mis compatriotas mucha mayor baratura de la ya tan proverbial en esta clase de establecimientos.

La diferencia de moneda es una de las muchas dificultades que se alzan en las fronteras para impedir la comunicación y fraternidad de los hombres. Se comprende que poco ó nada puedan los gobiernos contra la variedad de idiomas, el aislamiento moral del extranjero y otras varias circunstancias contrarias al noble objeto de fusionar razas y naciones, en bien de todos; pero lo que no se explica honrosamente para quienes dirigen

los varios países, es que subsista la desigualdad de sus monedas respectivas, de modo que tenga que perder todo viajero una suma, relativamente fuerte, por la sola razón del cambio de su metálico por el del país en que pone el pié. En esta parte, aconsejo á los españoles que no cambien moneda sino en las casas dedicadas á este comercio, las cuales deben á él su reputación y son más comedidas que los comerciantes é industriales que se encuentran por casualidad ante un comprador que no tiene más que moneda extranjera, que ellos admiten en son de favor y con un descuento enteramente arbitrario y casi siempre descomunal.

Finalmente, el servicio de fondas es bastante bueno en toda la línea desde Madrid á Lisboa; pero en esto, como en todo, hay reputaciones usurpadas. Tal sucede con la de que goza el restaurant del Entroncamento, en Portugal. Es lo cierto, á pesar de que se sonría incrédulamente algun lector, que me han servido mejor pan, mejor manteca y tan buen café en Ciudad-Real como en el célebre empalme del ferro-carril de Oporto. *Suum cuique.*

De las mujeres de Lisboa es justo decir, que el mayor número tienen los caracteres, para nosotros poco simpáticos, de la raza brasileña, que tanto abunda entre nuestros vecinos. Con todo, el verdadero tipo de mujer portuguesa, que suele hallarse más puro en las clases humildes, es tan bello y gracioso como cualquiera otro del Mediodía.

En resumen, Portugal vale lo suficiente para que España desee verse unida á él, y no lo bastante para que él no deba desear verse unido á España.

¿Y cómo se irá robusteciendo esta unión? Yo creo que á medida que se debilite la monarquía en ambos países.

E. SANCHEZ Y RUMO.

LA ARAUCANIA.

(Conclusion.)

Ya que hemos hablado de los funerales, y que hemos entrado, siquiera sea ligeramente, en el terreno de las creencias religiosas, indicaremos brevemente las que son fundamentales entre los araucanos.

No tienen dogma alguno, reconociendo sin embargo dos principios: el del mal y el del bien. Este último, denominado *Pilliam*, es el Dios creador. El principio del mal, llamado *Guecubú*, es el Dios destructor. *Guecubú* se halla en perpetua lucha con *Pilliam*, procurando destruir lo existente y perturbar la armonía del mundo. Despues de estas divinidades principales, cuentan un considerable número de géneos de segundo orden, que ayudan á *Pilliam* en su lucha con *Guecubú*. Estos géneos son machos y hembras. Las últimas son todas vírgenes, pues los araucanos, por una idea refinada que parece impropia de una nación bárbara, no comprenden que se verifique la generación en el mundo intelectual.

Los dioses machos se denominan *Gerru* (señores). Las hembras *A-mey-Malghen* (ninfas espirituales).

Como ya habrán comprendido nuestros lectores por lo que dejamos dicho en los funerales, los araucanos creen en la inmortalidad del alma y en una vida futu-

ra, en la que los guerreros que se han distinguido en la tierra cazan en las praderas afortunadas, rodeados de las personas que han amado en el mundo. Son los araucanos muy supersticiosos, y su culto á Pilliam, representado por un idolo informe, se reduce á reunirse ante el dios, llorar, lanzar fuertes gritos, hacer grandes contorsiones y sacrificar finalmente un carnero, una vaca ó un caballo.

Cada vez que la República de Chile elige un nuevo presidente, este ratifica con los araucanos los tratados de paz que existen anteriormente, y el acto solemne á que esto da lugar va acompañado de las ceremonias siguientes:

En una llanura se deja un espacio libre para la capilla donde se ha de celebrar la misa que precede al fin del acto. Una vez en presencia el enviado de Chile con su comitiva, y los cuatro *loquis* araucanos seguidos de sus *ulmenes* y escolta, y después del cambio de saludos y ósculos de paz entre unos y otros, se procede á la entrega de regalos que los chilenos entregan á los araucanos, y sin cuyo requisito nada reconocen válido, considerándolos como prueba de que no se les quiere engañar. Después de la misa comienzan los discursos, en que ambas partes aseguran estar satisfechas con la paz y prometen continuarla. Acto continuo, y en el mismo sitio donde se han pronunciado los discursos, se abre un hoyo, en el que se clava una gran cruz, debajo de la cual se suponen enterradas todas las palabras pronunciadas relativas á las promesas de paz, y después se sacrifica un corderillo, con cuya sangre llenan los indios la cruz de signos jeroglíficos destinados á alejar á Guecubú, el génio malo, y evitar que las palabras enterradas al pié de la cruz se escapen.

Cuando los araucanos tratan de buena fé para conservar la paz, el jefe supremo ó gran toqui presenta una rama de canela al embajador chileno; los bastones de los *apo-ulmenes* se atan en haz con la espada del jefe blanco, y sobre este haz se pronuncian los discursos y juramentos.

A pesar de que la superioridad militar de una nacion civilizada como es Chile la ha dado la ventaja siempre que los araucanos han intentado lo que llaman una *malocca*, en el territorio de sus vecinos, su valor impetuoso y tenaz sigue causando la admiración y el respeto de todos los que estudian á este pueblo tan original y tan fiero. Sus armas son la lanza, maza y las de fuego, que usan ya hace mucho tiempo. A propósito de la adopción de estas últimas, se cuenta que, habiendo querido usarlas ya en tiempo de los españoles, se encontraron con que les faltaba lo más interesante; la pólvora. Creídos en su inocencia primitiva que los españoles se servían para obtenerla del cuerpo de los negros que llevaban como esclavos, idearon hacer sus experimentos en cuanto se apoderaran de uno. En el primer combate que tuvieron cogieron un esclavo negro y herido, al cual sometieron á la tortura, para sufrir el desengaño que por mucho tiempo les hizo renunciar á sus proyectos.

Son los araucanos, como ya dejamos dicho, de estatura aventajada, sumamente fuertes y ágiles, de color cobrizo, poca barba, fisonomía inteligente y proporcionada, diestros en el manejo de las armas y ginetes tan consumados que dejan muy atrás todo lo que se cuen-

ta sobre los árabes en materia de equitación; sumamente afables y hospitalarios con toda clase de extranjeros, exceptuando á los españoles, por los cuales guardan un ódio tan profundo que solo se puede comprender leyendo la historia de la conquista de las Américas por los españoles, y sobre todo el poema del capitán Alonso de Ercilla, titulado *La Araucana*.

LEIS ANER.

¡QUIÉN FUERA REY OCHO DIAS!

No se alarmen mis benévolo lectores, que la cosa no es para tanto.

Verdad que mi ambición pica un poco alta: ¡deseo ser rey!

¡Rey un republicano! ¡Y republicano rejoy!... ¡Ah!

¿A qué esa exclamación?

Es decir, que mi calidad de republicano me priva hasta del deseo de ser rey.

¡No es mala pejiquera!

Pero ¿un republicano no es un ente como otro cual quiera?

¿No puede tener ambición REAL como cada hijo de vecino? ¿Qué es un rey? ¿Por ventura se fabrican de diferente pasta á la mía?

¡Cuántos habrá que sus antepasados serían bandidos que ejercerían su oficio en lo más tétrico y sombrío de ciertos montes!

Que hablen los vericuetos de los Alpes, si puede ser, y oirán mis lectores cosas estupendas.

Al fin soy hombre, y honrado: yo os lo fio; y desciendo en línea recta de hombres honrados, y el árbol genealógico de la familia lo componen solo miembros honrados.

Y ello es un grano de anís en estos tiempos toda esa genealogía de honradez, y sobre todo, el ser yo mismo hombre y honrado.

Si en el mundo hay otro aspirante á rey con calidades iguales, que me emplumen.

¡Cómo, ni siquiera uno de los que ya son reyes!

Son cualidades aquellas que no suelen adornar á los que desempeñan tan noble oficio.

¿A qué extrañar, pues, mi ambición?

¡Vamos, cuanto más pienso en todo esto, más se aviva mi REAL deseo!

Además, ¿no ha habido, segun Nocedal (D. Cándido), reyes víboras?

Y cuando un *realista* y *católico* del calibre que Nocedal lo asegura, cuenta que será verdad.

El mundo ha visto reyes asesinos, reyes bandidos, reyes imbéciles, reyes parricidas, reyes rufianes, etc., etcétera, etc... y, sobre todo, ¿no hemos tenido reinas...? Detente, pluma, y guarda mi decoro.

Pero ¿a qué molestarnos, lectores queridos, si todos conoceis la historia? Y si á alguno de vosotros no le correspondiese esta afirmación, que se tome el trabajo de registrar sus páginas, y en ellas aprenderá á maldecir á los séres de estirpe régia, y si no ha perdido sus ilusiones monárquicas (que no las tendrá), apuesto media peseta de la España con honra á que cuando ménos reconoce la necesidad de cambiar las razas reales.

¿Cuando digo que quiero ser rey!
Que hoy soy republicano y rojo; bien, ¿y qué?
Republicano rojo, socialista, comunista y demagogo
fue Luis Napoleon.

¿Y sirvió esto de óbice para que fuera emperador?
¿Ni para que el Papa, entre bendiciones, lo apellidase
el hijo predilecto en la Iglesia de Dios?

¿Ni para que los curas y obispos cantasen el hosanna
á su elevacion al trono?

¿Ni para que fuese por los reyes de raza divina abra-
zado fraternalmente y lisonjeado, como acostumbran
hacerlo con los ca-
maradas y amigos
que creen poderosos?

Sixto V era un
guardador de puer-
cos, y fué Papa y rey.

Pero ¿no prometió
Topete, allá en Zara-
goza, que sería repu-
blicano si la volun-
tad nacional lo exi-
gia?

¿No lo prometió
asimismo Serrano, el
general y duque que
hoy priva con don
Amadeo?

Allá en los dias de
omnipotencia revolu-
cionaria, ¿no nos ase-
guraban los prohomo-
bres de la golosa se-
tembrina, que se pro-
clamaría la Repúbli-
ca si nosotros nos de-
cidiáramos por la uni-
taria?

¿Y cuántos realis-
tas de los que hoy pú-
blicamente practi-
can, nos dicen en
confianza que son
más republicanos
que nosotros?

Si; que esto no será
un obstáculo, dado
caso, para que nos
manden fusilar en
nombre del rey; pero
solo los *espíritus débiles* hacen caso de semejantes frus-
lerías.

Además, ¿no preside el realista Thiers un gobierno
republicano?

¿No está á punto de que se le nombre presidente de
la República francesa?

Confesemos que en el mundo actual cada prójimo ha-
ce lo que le conviene.

Y como mis lectores me harán el favor de creer que
me conviene ser rey ocho dias, palabra, solo ocho dias,
se lo digo en confianza por si peta.

Porque, francamente, advierto que los republicanos
somos honradotes y bonachones, eso sí, aunque me esté

mal el decirlo, pero muy tontos, rematadamente tontos.
Si los realistas aspiran á la presidencia de la Repú-
blica, ¿por qué los republicanos no hemos de aspirar al
sólito régio?

Ellos, los monárquicos, convierten las repúblicas en
monarquías; luego...

¡Ay, petroladores de mi alma, qué cosas haríamos si
yo fuera rey!

Y no se diga que tengo pretensiones exorbitantes,
cuando Sagasta ha sido tres años ministro, y los pro-
gresistas

no los evidenciamos,
porque la Tertulia se
incomodaria, y yo no
quiero enemistarme
con esa señora desde
que zurró magistral-
mente al héroe de Ar-
jonilla.

Yo tengo mis de-
bilidades, y una de
las mayores que me
acompañan es la de
que simpatizo con los
valientes.

¡Delicada de sexo
y todo, ahí es nada la
hazaña llevada á fe-
liz término por la
Tertulia!

Luchó heroícamente
contra el Tifon de
nuestro mundo polí-
tico, y lo venció.

Isis recompuso el
disperso cadáver de
su esposo Osiris, y
aunque se perdió el
órgano de la gene-
ración, el palo lo su-
ple.

Y si por una in-
consecuencia de Isis
apareciera Tifon po-
deroso y amenaza-
dor, Horó vengará á
Osiris y la libertad no
perecerá.

Pero no me desvío
nada del objeto, que

digamos.

Ambiciono algo, *positivo*, *REAL*, nada menos que ser
toda una majestad, y dirijo mis pensamientos por los
espacios de la mitología.

¡Donosa ocurrencia!

La Tertulia es capaz de trastornar el órden de los
mundos, cuanto más el juicio de un aspirante á rey.

Diante de Tertulia: ¿cuánto puede hoy!

¡Ni Aspasia entre los atenienses!

Calle, ahora que pienso: ya que la Tertulia es tan po-
derosa, hagámosla responsable del triunfo de su veni-
do enemigo. Toma, eso es; ella puede, luego tiene la
obligacion de evitarlo.



TIPOS GALLEGOS.

¿No ve á los génius vencidos cómo camelan al ídolo que ella adora?

Pues ya sabe á lo que está obligada.

Digo, ¿si me tendrá fascinado esa Tertulia, que contra mi voluntad doy vueltas con ella como Aquiles con el asador?

¿Si mi deseo de ser rey tendrá menos atractivos que ella?

No sería extraño, porque está de moda, y las modas son hoy omnipotentes.

¿Por qué no estará de moda hacer reyes republicanos?

Toma; ¿si eso no puede ser! ¡Voto al chápiro! y es verdad; yo no he reflexionado lo bastante al formular mi deseo.

Tendría que ver; descender un hombre de las esferas de lo positivo para alimentar una aspiracion platónica: ¿ser un iluso!

Cáscaras, la cosa es grave; pero lo escrito, escrito está.

¡Se escriben tantas ociosidades: en nuestros dias! ¡Nos manifestamos con tanta facilidad! Si no, que lo diga nuestro Directorio.

Además, tantos ilusos hay en nuestra sociedad de aspirantes, que platónicamente aspiran, que aunque haya uno más no creo importe al mundo.

Pero hablemos formalmente.

Deseo ser rey ocho dias.

Y no lo deseo por fines ruines ni por mera curiosidad.

Ni siquiera para realizar un programa político, económico y social, que tanto necesitamos, con perdon de los progresistas sea dicho.

Doy mi semi-régia palabra.

No trataré de acabar con la inmoralidad, lavando los puntos negros que cubren el campo oficial.

Ni haré que den lo *justo* á las clases pasivas.

Ni que los empleados sean pocos, dignos, laboriosos, aptos, inamovibles y bien retribuidos.

Ni simplificaré la administracion.

Ni extinguiré la Deuda.

Ni aboliré todas las contribuciones indirectas, ménos la Aduanas con arancel bajo.

Ni extinguiré el immoral juego de la Lotería.

Ni separaré la Iglesia del Estado.

Ni enajenaré todos los bienes del Real Patrimonio.

Ni estableceré la desamortizacion por causa de utilidad pública.

Ni fomentaré la riqueza pública.

Ni se formarán canales de riego y Bancos agrícolas.

Ni procuraré facilitar el cambio de productos sin la intervencion del capital usurero.

Ni simplificaré el derecho de propiedad estableciendo el registro municipal.

Ni aboliré los Códigos civil y criminal.

Ni formaré otros extraordinariamente simplificados y estrictamente basados en la ciencia y derecho moderno.

Ni estableceré los Jurados civil y criminal.

Ni procuraré universalizar la ciencia popularizándola en las escuelas primarias.

Ni instituiré la enseñanza elemental gratuita y obligatoria.

Ni aboliré las quintas y matrículas de mar.

Ni decretaré la abolicion de todos los privilegios y

mercedes que perjudiquen á otro ó á la colectividad.

Ni acabaré con los títulos y preeminencias sociales.

Ni prescribiré el derecho á la vida y á la libertad de todo sér humano como anterior y superior á todo derecho.

Ni reorganizaré el ejército, democratizándole completamente y dándole el carácter científico y de nacionalidad que hoy no tiene.

Ni instituiré el sufragio universal permanente y con derecho á usarlo á los veinte años.

Ni, ¿pero á qué molestarnos? ni siquiera proclamaré la República federal.

Para nada de esto, palabra republicana, deseo ser rey.

Dado caso, pensaria algo en todas aquellas reformas de seguida de mi cesantia régia; esto es, al instante que dejase de reinar.

Entonces puede asegurarse; pero mientras, otras serian mis ocupaciones.

Y mis lectores me creeran sin grandes esfuerzos si les digo que no pretendo ser rey de las Españas, ni de Francia, ni de Italia, ni de ninguna otra nacion contenida en Europa, Africa ó América.

Ningun trono de esos paises me conviene.

Ninguno vale el precio de una apostasia republicana, aunque sea una apostasia de mi calibre.

Aspiro á dominar en Asia, como los héroes de la antigüedad.

Allí fueron Baco, Hércules, Perseo, Alejandro.

Allí quiero reinar.

Allí, en el país de los brillantes y piedras preciosas, de las magnificencias y tronos de oro, de la fantasia y de lo absoluto.

Allí vale la pena de hacerse rey.

Y esto se explica.

En Persia celebran á entrada de año, y durante ocho dias, una fiesta que la llaman Nen-Rus.

Es una fiesta nacional.

En ella es de rigor el que cada individuo de aquel reino estrene un vestido; pero no es esto lo que me llama á aquellas tierras.

Lo que me enloquece hasta el punto de pretender el sôlo del Shad, es la costumbre, puesta como ley que no puede eludirse, de hacer regalos los ciudadanos de menor jerarquia á los de mayor.

Y sobre todo, es de rigor el que todos regalen al rey con la mayor esplendidez posible.

Aquel rey es señor absoluto de todo.

Puede ordenar la muerte de un súbdito, sea de la jerarquia que quiera, por mero capricho.

Y todos alaban el capricho del rey.

Figúrense mis lectores si con tales leyes y costumbres serán muchos y de valor los regalos que le hagan en la fiesta de Nen-Rus.

La imaginacion apenas concibe las riquezas que recogerá.

Dícese que él las reparte despues entre sus servidores de palacio y del Serrallo.

Yo las dejaría intactas, porque descaria llevar íntegro su importe á los paises del petróleo y de *La Internacional*.

¡Ah! petroleadores de mi alma, ¡cuántas cosas haríamos!

Deseo, pues, ser rey de Persia mientras dure la fiesta de Nen-Rus.

Y que diga el mundo lo que le dé la democrática gana.

Yo hago lo que me conviene, soy uno de tantos; vaya, no faltaba más.

Tanto más, cuanto mi deseo no creo ofenda á nadie de por estas tierras.

Ni siquiera á la Tertulia.

Al contrario, mis correligionarios, los republicanos, me lo aplaudirán, porque ellos y yo saben lo que haríamos con el importe de los regalos persas.

¡Quién fuera rey ocho días!

FRANCISCO RISPA PERPIÑA.

LA GLORIOSA.

Después de tanto sufrir,
después de tanto llorar,
derribamos en Setiembre
aquella calamidad.

Y los Conchas, y los Beldas,
los Marforis y demás,
oyeron: «España y honra,»
y dijeron: «A enrigar.»

Están en armas los pueblos,
y sin otra autoridad
que las patrióticas Juntas
del partido liberal.

Pero ¡oh desdicha! la dicha,
que no es nunca suspicaz,
hace disolver las Juntas
al grito de libertad,
y abdicar en un absurdo
Gobierno Provisional.
Empiezan los atropellos
de los himnos al compás,
y los pobres se hacen ricos
por sufragio universal;
se engaña á los pobres pueblos
con promesas nada más,
y los partidos en tanto
no quieren desconfiar.

Por fin las libres ciudades
del andaluz litoral
empuñan aquellas armas
que supieron conquistar,
y luchan por los derechos
que arrebatándoles van.
Pero entonces los partidos
no las quieren secundar,
y repiten las calumnias
viles del Provisional:

«Es el oro isabelino,
filibustero quizá.»
Hasta los republicanos
desconocen la verdad,
y dicen: «Ya triunfaremos
si nos dejamos pegar.»

Se sublevan los carlistas
y dice el Provisional:
«Todos somos liberales;
salvemos la libertad;
federales, á la lucha,

que nos van á chamuscar.»

Y destroza á los carlistas
con la gente federal.

Y cuando los federales
se tienen que levantar,
contra las provocaciones
de un gobierno desleal,
dice el gobierno: «Carlistas,
peligra la sociedad;
conservadores, salvemos
el equilibrio social.»

Y combaten los carlistas
por quien los fusilará.

En las urnas y en las Cortes
se charla á todo charlar,
y se prometió por muchos,
con elocuencia falaz,
que el monarca no vendría.
Y en efecto, no vendrá
porque ya vino; y vinieron
tan contentos á la par
los Conchas, los Catalinas,
los Beldas y los demás.
Y si no viene Marfori,
sor Patrocinio vendrá
con sus llagas y sus cirios;
los cirios que alumbrarán
de la muerte setembrina
el glorioso funeral.

La España con honra ha muerto;
¿cuándo resucitará!
Y algunos de sus ministros
al extranjero se van,
pero se van satisfechos
á divertirse y fumar.

N. ESTÉBANEZ.



DERECHOS DEL OBRERO.

LAS HUELGAS.

(Continuación.)

PARTE SEGUNDA.

De la historia del trabajo.

EL TRABAJO.

«La historia, que recoge en
los libros los estudios hechos
por el hombre, alia, constitu-
ye y enseña el pasaje de la
teoría á la práctica.»

CÉSAR CANTÓ.

Hacer una detallada historia de las fases por que el
trabajo se ha visto obligado á pasar, materia es, si no
imposible, sumamente difícil; sería hacer una enciclo-
pedia de los estudios humanos, de cuanto en ciencias y
en artes, en filosofía y en historia se ha escrito, y esta
tarea, no solo la consideramos superior á nuestras fuer-
zas, sino que la creemos demasiado grande para las
fuerzas de un solo hombre, sea este el que sea.

Pensar que han existido pueblos como los babilonios,
los hebreos, los asirios, los fenicios, los medas y los cal-

deos, que representaron civilizaciones peculiares á sus épocas y á sus aspiraciones, y pensar que, á pesar de los inmensos elementos que aunaron aquellos pueblos, han desaparecido; pensar que en todas aquellas ciudades, que se llamaron Nínive, Babilonia, Ecbatana, Tiro,

Seleucia, Persepolis y Palmira, el hombre ha sido siempre el eterno trabajador, y encontrarnos con que, á pesar de su trabajo, de aquel trabajador nada queda; pensar, por último, que entre el trabajador de hoy y el trabajador de las primeras edades median cuatro mil años



BARRIO DE LA RIBERA Y CONVENTO DE SAN FRANCISCO EN VIGO.

de sufrimientos, que solo podemos traducir por una cuarentena de siglos en que siempre se ha ido tras un fantasma, es encontrarnos con algo, que no vacilamos en calificar de desconsolador.

Sentemos una vez más, no obstante, que el verdadero

distintivo del hombre es su cualidad de trabajador, y no nos apenamos porque, al ver alguna de las maravillas del trabajo de épocas que pasaron, nos es desconocido el nombre el oscuro artífice que á cabo la llevó. Echemos nuestra humilde oración sobre el sepulcro sin

epitafio que en cada obra del trabajo de la antigüedad se nos ofrece al ignorar el nombre del que la llevó á cabo, y hagamos del trabajo su historia hasta donde la tradición y el invento de Gutenberg nos lo permitan.

Conste, no obstante, que, para el que escribe, el trabajador es y ha sido siempre el primero de los héroes, y la historia, siquier manca, del trabajo la más provechosa de todas las instrucciones.

Entremos ahora en la materia histórica, reseñando lo que en hechos tangibles encontramos en la vida del trabajo.

ORIGEN DE LOS PAROS.

« Tanto derecho tienen los operarios para combinarse á fin de lograr un aumento de salario, como los empresarios en coaligarse para negarlo. »

A. SMITH.

Es universal manía la de querer buscar en hechos que ocurrieron, la fuente, historia ó analogía con hechos que al presente ocurren. Entre estos hallase *el paro*, ma-



JOSÉ GARIBALDI.

nifestacion de origen muy moderno, y que, sin embargo, algun economista de él ha ido á buscar el origen en remotos tiempos.

Al año 493, antes de nuestra era, hace un *sábio* escritor remontar el origen de las *greves*: para él la retirada del pueblo romano al monte Aventino fué la huelga número 1, así como las guerras entre las clases patricia y plebeya de los años 138 á 73, antes de Cristo, la consecuencia de aquel hecho. Mas no continuemos por este camino, que si relatáramos cuanto sobre el origen de las *greves* se ha dicho, sería materia por demás pesada. Asentemos solamente que para nosotros el origen del

paro debe fijarse en los tiempos posteriores al conocimiento y proclamacion de los derechos del hombre, esto es, después de 1793.

Imposible se nos hace que pudieran ocurrir *huelgas* cuando por no haberse hablado nunca de derechos estos no podían ejercitarse. Y aquí, mal que nos pese apartarnos algo de nuestro propósito, queremos hacer mencion de un magnífico artículo que el último año vió la luz en LA REVUE DES DEUX MONDES, suscrito por Leroy-Beaulieu, con el título de *El socialismo y las greves*, en el cual se asienta que ya á mediados del siglo XI existía en toda la India la propaganda del socialismo patrio-

nada por la dinastía *Song*, y que de estas concesiones nacieron las *greves* que asolaron el siglo xvi, y aun hoy asolan al archipiélago de la Sonda.

Concordamos con el ilustrado colaborador de la *Revue* en que el socialismo ha tenido aceptación general como opinión en todos tiempos y en todas partes; pero negamos que de la propaganda socialista pudiera nacer una *huelga*. Para que eso fuese posible, sería indispensable que las ideas económicas se hubiesen emitido; se hubiesen estudiado, se hubiesen desarrollado antes de mediados del siglo pasado, y desgraciadamente hasta Vico á principios del siglo pasado y Adam Smith en el segundo tercio del mismo, nadie de economía y de sus relaciones con la política se había ocupado. Imposible encontramos, pues, que en el siglo xvi hubiese *huelgas*, cuando estas, como la ciencia económica, su madre, no vieron la luz hasta fines del siglo pasado.

Y basta de digresiones. Repitamos, no obstante, una vez más que para nosotros la *huelga* trae su origen del reconocimiento de los derechos del hombre, reconocimiento que ha hecho posible decir á dos eminentes publicistas, á propósito de nuestro siglo, las más bellas frases que creemos se pueden pronunciar á propósito del mismo, á propósito del trabajo y á propósito del obrero.

Aludimos á Baudrillart, que ha dicho que *nuestro siglo es el del gobierno representativo del trabajo*, y á Mr. Gladstone, que lo ha llamado *el siglo de los operarios*.

(Se continuará.)

I. SASTRE.

INSTRUCCION PRIMARIA.

(Continuación.)

Si ha habido sistemas de gobierno en nuestra patria que han conocido que solo podían sostenerse entre el fanatismo y la superstición, si existen partidos políticos que saben que solo una crasa ignorancia puede darles prosélitos, esto es una razón de más para mover á todos cuantos se interesan en el lustre y porvenir de España á difundir la instrucción portados los medios imaginables.

Se dirá que otros antes que nosotros han previsto esto, que existe una ley que establece la instrucción primaria sobre bases muy adecuadas para extenderla, que obliga á todos los municipios á tener un número de escuelas proporcionado al número de los habitantes, y establece juntas locales y provinciales de instrucción primaria.

Pero cuando esta ley, desques de los muchos años trascurridos, no ha producido resultado, fuerza será deducir que, ó no está en armonía con las leyes del país, ó que contiene defectos que la hacen completamente ilusoria. Esto debe haberlo enseñado ya la experiencia. Así, si recorremos todos los agentes establecidos para dar impulso á la instrucción primaria, acaso encontraremos los defectos de que adolece y el correctivo que reclama. Por desgracia nos vemos obligados á confesar que son pocos los datos exactos que tenemos á la vista para hacer este estudio; pero acaso los que nos

falten puedan ser suplidos por lo que hemos visto y tocado por nosotros mismos.

La instrucción primaria se da en escuelas públicas de párvulos, elementales y superiores, y á ellas pueden asistir todos los niños, gratuitamente los pobres y pagando una mensualidad de dos á seis reales los niños cuyos padres poseen algunos bienes de fortuna. El pago de las asignaciones de maestros y maestras corre á cargo de los ayuntamientos, quienes los nombran de las ternas que forman la junta provincial.

Las escuelas de párvulos, á las cuales pueden concurrir los niños de ambos sexos hasta la edad de seis años, no han alcanzado en nuestro país gran desarrollo, y son muy cortas en número las que hay establecidas. Las que existen están dirigidas por hombres, con la condición de que sean casados, para que sus mujeres puedan atender también al cuidado de los párvulos. Condición hija del convencimiento del cuidado que exigen las criaturas de tan tierna edad, al que se ha atendido en otros países confiando á mujeres la dirección de las escuelas de párvulos.

En nuestro país se considera esto como un problema de difícil solución, y no es extraño, porque entre nosotros se da todavía escasa importancia á la inteligencia de la mujer; pero desprendiéndonos de antiguas preocupaciones examináramos esta cuestión con calma, si considerásemos que los párvulos exigen atenciones que solo comprende un corazón sensible, si tuviésemos en cuenta que la instrucción que puede dárseles es poca y que solo se les ha de dar aquella educación que en el seno de la familia corre á cargo de la madre, y si nos fijásemos en que á las escuelas de párvulos asisten mezclados los niños de ambos sexos, el problema dejaría de serlo, porque veríamos claro que solo las mujeres pueden dirigir aquella escuela.

Verdad es que á las directoras debería exigírselas ciertas condiciones, y que para ponerse al frente de la escuela deberían demostrar prácticamente su aptitud sirviendo por un tiempo determinado en las escuelas modelos establecidas en todas las provincias.

Si las directoras sabían atraerse las simpatías de los padres, fácilmente verían llenas de párvulos sus escuelas, porque para las gentes que viven de su trabajo y han de pasar todo el día fuera de su domicilio, es un grande alivio poder tener á sus pequeños en una escuela en donde saben que estarán bien atendidos.

La importancia de las escuelas de párvulos jamás será bastante enaltecida, y por lo tanto merecen que sean atendidas y que se estudie el modo de perfeccionarlas.

De las escuelas de párvulos deben pasar los niños á las elementales. Estas se encuentran organizadas en toda España de la misma manera, cuando por efecto de la diferente índole de cada provincia, y aun de cada comarca, debería haberse dado cierta libertad á las Juntas provinciales para determinar las asignaturas que deberían enseñarse con mayor extensión. En una comarca industrial, por ejemplo, es conveniente enseñar á los niños nociones cuando menos de aquellas materias que son útiles para el ejercicio de cualquier industria, y en ellas la geometría y el dibujo lineal deben formar parte de la primera enseñanza. Esta puede decirse que es puramente religiosa; la doctrina cristiana y la historia sagrada son las asignaturas que con mayor desarrollo se

enseñan; en cambio la moral queda completamente olvidada, y ni una palabra se enseña a los niños de sus derechos y deberes como hombres y como ciudadanos, ni con relación a la familia. Y tal es el atraso en nuestro país, que no sería difícil encontrar maestros que, haciéndose cargo de sus deberes, habrán emprendido esta enseñanza, y habrán tenido que abandonarla, porque los ayuntamientos se lo habrán prohibido, y estos son más poderosos que los maestros, ya que pueden sitiarnos por hambre.

Las escuelas superiores no merecen en realidad este nombre, porque la enseñanza que se da en ellas es harto limitada. A nuestro entender, en ellas deberían enseñarse todas las materias auxiliares de las artes y oficios, con objeto de sacar buenos artesanos que pudiesen dar impulso a los adelantos industriales.

Conviene, pues, reformar el plan de enseñanza que se da en todas las escuelas que hemos mencionado, y para esto, para lograr que den todos los frutos que de ellas pueden esperarse, la base principal de ella ha de ser la descentralización. Que cada provincia la organice según sus necesidades con arreglo a los intereses que en ellas deban desenvolverse, que de este modo, tocándose más de cerca los resultados de la enseñanza, inducirá a los padres a que hagan que sus hijos asistan a las escuelas.

Q.

(Se concluye).

JOSE GARIBALDI.

La historia de este hijo del pueblo, de este adalid invencible de la libertad y la República, es tan conocida de todos nuestros correligionarios, que nos creemos dispensados de reseñarla detalladamente.

En efecto, ¿quién no conoce al popular hijo de Niza; al que casi niño tomó parte en todas las revoluciones de Italia; al emigrado de Montevideo, cuyo heroico sitio ayudó a sostener al frente de una escuadrilla, secundado por sus valientes legionarios?

¿Quién no recuerda al insigne patriota que levantó su poderosa voz en la Asamblea romana pidiendo la proclamación de la República; al sostenedor de la lucha contra el invasor ejército francés; al que se negó a firmar la capitulación, y burlando la vigilancia de austriacos y franceses penetró en Venecia y tomó una gran parte en la resistencia que durante dos años sostuvo esta libre ciudad, cuya historia raya en lo fabuloso?

¿Quién puede olvidar al vencedor de Marsala, al valeroso comandante de los *Voluntarios del Tiro*, al que sin caballos ni cañones penetró audazmente en Lombardía; se apoderó de Como y proveyó a sus soldados de cañones y caballos a costa de los austriacos?

¿Quién puede olvidar al noble héroe de Aspromonte, al guerrero de Mentana, al valiente soldado que, anciano y cubierto de cicatrices, al estruendo de la caída del imperio, parece recobrar toda su agilidad y energía, y abandonando su retiro de Caprera corre presuroso a combatir por la República francesa, teniendo la gloria de apoderarse de la primera y quizás de la única bandera tomada al invencible ejército prusiano?

¿Quién no recuerda la nobleza con que renunció su

cargo de diputado en la Asamblea francesa y su digna negativa para ocupar nuevamente este puesto ante la extraña actitud de aquella reaccionaria mayoría?

Creemos inútil detenernos a describir la historia del invicto Garibaldi; ¿sabéis por qué? porque la vida de este gran republicano, que recibió en desaires, humillaciones y balazos lo que dió en tierras, pueblos y ciudades, tiene un cronista en cada republicano, un biógrafo en cada pueblo y un historiador en cada continente.

LISLO.

A M...

(Imitación.)

No trocara yo el lecho en que reposas,
que al recibirte cruje cariñoso,
por las delicias del país de lauja
que plantan tan hermosos.

No cambiara la copa en que tú bebes,
de trasparente y limpio cristal,
por los tesoros todos de la tierra
de perlas y coral.

No cediera la flor que en tus cabellos
trenzo graciosa tu divina mano,
por la magnificencia de la púrpura
del gran César romano.

Si riquezas no bastan a comprar
tu lecho, ni tu copa, ni tu flor...
¿con qué pagar el beso que tu boca
imprima con amor?

E. RODRIGUEZ SOLÍS.

CONSEJOS HIGIÉNICOS.

En el centro del invierno y del verano siempre se resiente la salud pública con el exceso del frío y del calor, más con este que con aquel, y particularmente en España, donde la sequía del clima hace muy rigurosas y sensibles las estaciones extremas.

La acción del sol poniendo en putrefacción los abundantes despojos vegetales y animales que se acumulan en las aguas estancadas, produce multitud de partículas infectas, sobre cuya naturaleza y modo de obrar no están conformes los hombres científicos, pero que en nuestros climas ocasionan las calenturas intermitentes y en los asiáticos desarrollan el cólera.

Las emanaciones de las aguas encharcadas de las regiones europeas tienen su círculo de acción limitado a los alrededores de los sitios en que se forman. No sucede lo mismo con las mismas nacidas en las lagunas del Asia; conservan por mucho tiempo su actividad, la despliegan después de mucho tiempo de permanecer como adormecidos é inertes, y en todas las latitudes, y a grandísimas distancias de su origen, obran con las mismas y aun mayores intensidad y fuerza que cerca de él.

Una particularidad común a esas emanaciones, vengán de donde quieran, particularidad aun no explicada, es que introduciéndose en el cuerpo humano por

medio de los órganos de la respiración, obran sobre el aparato digestivo, ocasionando en él las perturbaciones que alteran la salud.

Felizmente España está hoy libre del terrible huésped que ya tantas veces desde el primer tercio del siglo ha sido azote del mundo; pero no por eso podemos vanagloriarnos de que no se presentará aquí en un plazo más ó menos breve. Pueblos cuyas relaciones comerciales los ponen en contacto siquiera poco directo, con nosotros, son víctimas actualmente de los estragos del cólera, y además el rigor de la estación y los productos que en esta época del año componen la principal parte de la alimentación general, pueden servir como de conductores para traer aquí la temida epidemia. Por tanto, parecemos conveniente dirigir á nuestros lectores algunos consejos higiénicos, que, á parte de las medidas que las autoridades adopten, contribuirán siendo seguidos á tranquilizar á aquellos que padezcan dolencias con síntomas análogos á los del cólera, ó que llenos de aprensión si se aproxima crean experimentarlos, ó que de visitarnos el viajero del Ganges los experimenten en realidad.

No nos ocuparemos de investigar ahora si en efecto hay un cólera de tan rápida acción en el organismo que merece el nombre de fulminante. De haberlo, ni los consejos anticipados, ni los que en el momento de estallar pudieran buscarse, tendrían eficacia; pero de acuerdo con los hombres más prácticos y entendidos, nos atrevemos á asegurar que en la mayor parte de los casos, el cólera se anuncia con algunos días de anticipación á aquel en que ejerce sus mortíferos efectos, y que es fácil con cuidado y serenidad salvarse. El cólera, según se desprende de las más maduras observaciones, se contrae mediante la aspiración de ciertos corpúsculos diseminados en la atmósfera, ya porque el viento los conduce, ya porque vienen almacenados entre las ropas, equipajes y mercancías que los medios de transporte conocidos trasladan de un punto á otro del globo.

En un principio la acción de estas partículas absorbidas con el aire que respiramos es lenta é imperceptible, sin que resulte ningún malestar notable. Sin embargo, las personas aprensivas ó cautas, ó los muy cuidadosos que rodean á los atacados, notan cierto desfallecimiento, y sobre todo que las deyecciones se hacen poco á poco albinas ó blancas. Los miasmas que hacen deletérea ó venenosa la atmósfera cuando hay cólera, sean de la naturaleza que quiera, van corroyendo despacio, mas sin descanso, la capa de gordura que resiste interiormente los intestinos, y las porcioncillas de esta gordura que se desprenden con las materias expelidas son las que les dan un aspecto blanquizco, además de flotar esparcidas en los líquidos acompañantes.

De seguro estos pormenores no son del mejor gusto, y pedimos á nuestros favorecedores que nos los dispensen en gracia del buen propósito que nos guía.

Siempre que se habla de cólera; siempre que un calor excesivo, paralizando las fuerzas del estómago y el vientre, dificulta la digestión; siempre que el uso, ó mejor el abuso, de las frutas mal maduras y de los vegetales que crecen en el verano, pimientos, tomates, pepinos, melones y sandías, da ocasión á la más ligera molestia ó á eryecciones blancas, debe el que las tiene, ó su familia, de tanto que se valen del médico, seguir el sencillísimo

plan que vamos á indicar, y es probable que con él eviten el cólera ó una enfermedad parecida.

El doliente debe meterse en la cama y promover la traspiración. Está probado que el té es muy bueno para combatir el cólera en sus principios, y son especialmente beneficios para impedir que se declare ó paralizar su curso el rom en corta cantidad, el aguardiente, y sobre todo el alcohol ó espíritu de vino alcanforado en cantidad de algunas gotas.

Todas las bebidas indicadas son sin duda alguna en extremo propias para destruir los corpúsculos que producen la enfermedad, y será prudente usarlas como preservativos desde que se conciben temores de que reine una influencia maléfica ó condiciones capaces de crearla, y más cuando ya se siente alguna incomodidad.

Si el enfermo experimenta dificultad de respirar, callosos ó calambres, se colocarán á su alrededor en la cama, y bajo la ropa que le abrigue, terrones de cal viva envueltos en trapos húmedos, y colocados ó no en pequeñas vasijas, de modo que los vapores que se desprendan, sin quemarle, le den calor y le obliguen á sudar.

Este remedio obra con tanta energía como virtud, y se le deben numerosas curaciones.

Será mal hecho, fiándose en la bondad de los medios que acabamos de exponer, no acudir á un médico todo lo pronto que se pueda, dado que el enfermo se alivie; quizá no emplee otros recursos, pero bien informados por los allegados al paciente y más conocedor de muchos casos y de la oportunidad con que los medicamentos por poco complicados que sean deben aplicarse, es casi seguro que triunfará del mal antes que, agotados ya todos los elementos de vida en el enfermo, cuando este imagina empezar á estarlo, sea ya inútil intentar la curación ó imposible obtenerla.

Las familias que deseen ahorrarse malos ratos, siempre que la estación, ó los alimentos, ó noticias de buen origen contribuyan á hacer sospechar que el cólera ó padecimientos semejantes pueden desarrollarse, obrarán cuerda y prudentemente privándose de frutas y verduras, de seguro dañosas, tomando por la mañana unas cuantas gotas ó un pequeño sorbo de las bebidas que hemos dicho, y haciendo uso después de cada comida del té, reforzado con algunas gotas de buen rom. Un régimen de esta especie, no solo sirve para impedir que el cólera penetre en una casa, sino que asegura enteramente la salud y es una garantía contra padecimientos y gastos considerables: los que le sigan positivamente nos lo agradecerán.

NAZARIO DE JOSA.

BARRIO DE LA RIBERA Y CONVENTO DE SAN FRANCISCO EN VIGO.

Este barrio se halla situado en una de las puntas y al O. de la ciudad, y encierra un hermoso edificio de granito, cuyos cimientos lamen las olas, destinado á matadero, y no muy lejos se halla el antiguo convento de San Francisco, levantado en el año 1551 por el P. Fray Pascual, de la Orden de la Custodia, sobre las ruinas de una antigua ermita dedicada á Santa Marta, y que per-

tenecia al convento de Melon, de la órden de Bernardos, prévia la donacion que de ella le hicieron, y de las tierras, viñas y mieses que la circundaban.

La escritura se firmó en 1572 ante Gonzalo de Carvalleira, D. Fray Miguel de Bondia y otros, pasando á ha-

bitar el nuevo convento los religiosos de la *Capucha* ó *Pascualinos*, hasta 1583 en que fué extinguida la Orden, pasando el convento á la de Santiago, si bien fué ocupado despues por frailes franciscanos, produciéndose un gran escándalo entre estos y el prior y racioneros de la



VISTA DE LA CASA DE GARIBALDI EN CAPRERA.



colegiata, que, envidiosos de los frailes, lograron con *sinistros informes* que el obispo de Tuy censurase á los monges y prohibiese á los vecinos asistir á la procesion, llegando el prior á arrancarles el guion ó cruz, metiéndolo en la iglesia, y negándose todos á volver al

convento á *San Antonio*, en cuyo honor se celebraba la procesion, hasta que unos hombres de la villa de Cangas, creidos con justo motivo que la excomunion no era sino á los de Vigo, le restituyeron á la iglesia.

El convento, casi arruinado, sirve hoy para asilo de

beneficencia, y desde la torre se contempla la bella ribera, las olas que bañan los troncos de los árboles y multitud de pueblecillos y pintorescas chozas.

El barrio de la Ribera consta de más de cien vecinos dedicados á la marinería, y es verdaderamente lamentable el abandono en que se tiene, que puede ser un día causa de grandísimos males á causa de su pobreza y poquísima ventilación y limpieza.

LA CANTINERA REPUBLICANA.

ESCENAS DE LA CAMPAÑA DE 1795.

POR

ERCKMANN-CHATRIAN.

(Continuación.)

Mi tío cogió una sonda y se acercó á la cama separando las cortinas; el mauser y Koffel le siguieron. No pude resistir la curiosidad y me acerqué también; la alcoba estaba muy iluminada; la mujer, desnuda hasta la cintura; el tío la había rasgado las ropas; Koffel la lavaba el pecho, lleno de sangre coagulada. El perro miraba sin moverse y en silencio; Lisbeth había acudido otra vez y me había cogido la mano, murmurando no sé qué oración. Nadie hablaba, y oyendo mi tío á la criada, la dijo con verdadero enojo:

—¿Quieres callar, vieja loca! Vamos, mauser, vamos, levantad el brazo.

—Hermosa mujer, dijo el mauser, y muy jóven aun.

—¿Qué pálida está! añadió Koffel.

—Me acerqué más y vi á la mujer, blanca como la nieve, inclinada la cabeza á la espalda y despeinada la negra cabellera. El mauser la había levantado un brazo, y debajo, entre el seno y la axila, aparecía un agujero azulado, del que brotaban algunas gotas de sangre. El tío Jacob, con los labios apretados, sondeaba la herida; la sonda no podía entrar. En aquel instante era tal mi atención, pues nunca había visto cosa igual, que toda mi alma estaba en aquella alcoba, y oí murmurar á mi tío.

—¡Es extraño!

La mujer exhaló entonces largo suspiro, y el perro, que había callado hasta entonces, empezó á lamentarse con voz tan doliente y dulce que parecía una persona; los cabellos se me erizaban. El mauser exclamó:

—¡Calla!

El perro calló y mi tío dijo:

—Levantad más el brazo, mauser; Koffel, pasad aquí y sostened el cuerpo.

Koffel pasó detrás de la cama y cogió á la mujer por los hombros; en seguida penetró profundamente la sonda.

La mujer exhaló otro gemido y el perro gruñó.

—Se ha salvado! exclamó mi tío. Mirad, Koffel, la bala se ha deslizado por las costillas y está aquí, bajo el hombro, ¿la sentís?

—¡Perfectamente!

Salió el tío, y al verme detrás de la cortina me dijo:

—¿Qué haces ahí?

—Mirar.

—¡Vamos, ahora mirar! ¡Está visto que todo anda al través!

Cogió un instrumento sobre la mesa, y volvió á entrar.

El perro me miraba con brillantes ojos, que me infundían miedo.

De pronto lanzó un grito la mujer, y mi tío exclamó con alegre acento:

—¡Aquí está! es una bala de pistola. La infeliz ha perdido mucha sangre, pero se repondrá.

—Habrás sido herida durante la terrible carga de los hulanos, dijo Koffel; estaba en el piso principal del viejo Kraemer limpiando su reloj, y he visto que disparaban al llegar.

—Es posible, respondió mi tío, que entonces solamente miró á la mujer.

Cogió el candelero de manos del mauser, y de pie delante del lecho contempló durante algunos momentos á aquella desgraciada, quedando pensativo.

—¡Oh! dijo, es hermosa mujer y tiene noble cabeza.

¿Qué desgracia que semejantes seres sigan á los ejércitos! ¿No valdría más verlas en el seno de honradas familias, rodeadas de hermosos hijos, junto á un hombre laborioso, cuya felicidad harían? ¿Qué desgracia! En fin... puesto que es la voluntad del Señor...

Y salió, llamando á Lisbeth.

—Trae una camisa para esta mujer, la dijo, y tú misma se la pondrás. Mauser, Koffel, venid; vamos á beber un vaso de vino, porque el día ha sido rudo para todos.

El mismo bajó á la cueva y volvió en el momento en que la criada llegaba con la camisa. Viendo Lisbeth que no estaba muerta la cantinera, había recobrado valor; entró en la alcoba y corrió la cortina mientras mi tío destapaba la botella y tomaba vasos del aparador. El mauser y Koffel parecían contentos. Yo también me había acercado á la mesa, servida aun, y concluimos de cenar.

El perro nos miraba desde lejos; mi tío le arrojó algunos pedazos de pan, que no quiso comer.

En aquel momento sonaba la una en la iglesia.

—La media, dijo Koffel.

—No, la una; ya es hora de acostarnos, respondió el mauser.

Lisbeth salió de la alcoba y todos fuimos á ver á la cantinera, que parecía dormida. El perro había colocado las patas en el borde de la cama, y miraba también. Mi tío le pasó la mano por la cabeza, diciendo:

—¡Bah! nada temas... sanará... te lo prometo.

Y el pobre animal parecía comprenderle y gemía dulcemente.

Al fin salimos.

Mi tío acompañó, llevando la bujía, á Koffel y el mauser hasta la puerta; en seguida entró, y nos dijo:

—Ahora acostaos; ya es tiempo de hacerlo.

—Y vos, señor, ¿no os acostáis? le preguntó Lisbeth.

—No... esa mujer está en peligro y además pueden llamar para algun enfermo.

Avivó la lumbre del brasero, se tendió en el sillón y arrolló un pedazo de papel para encender la pipa.

Lisbeth y yo subimos á nuestras habitaciones; pero solamente muy tarde pudimos dormirnos, no obstante

nuestra fatiga, porque de media en media hora el ruido de una carreta y los reflejos de las antorchas en la vidriera me advertían que aun pasaban muertos.

Al fin cesaron los ruidos al amanecer y me dormí profundamente.

V.

Digno de verse era el pueblo á la mañana siguiente, cuando cada cual quiso saber lo que le quedaba y lo que le faltaba, y se observó que muchos republicanos, croatas y hulanos habían pasado por detrás de las casas, llevándose todo. La indignación fué universal entonces, y comprendí la razón que tuvo el mauser para decir: «Los días de tranquilidad y reposo han desaparecido entre esos escombros!»

Todas las puertas y ventanas estaban abiertas para ver los estragos; la calle llena de muebles, carruajes, ganados y gentes que gritaban: «¡Ah, canallas!... ¡Bandidos... todo se lo han llevado!» Uno buscaba sus patos, otro sus gallinas; otro miraba bajo la cama y encontraba un par de zapatos viejos en lugar de sus botas; aquel, al levantar la vista á la chimenea, donde tenía la vispera los embutidos y jamones, la encontraba vacía y se apoderaba de él terrible furor; las mujeres se desesperaban levantando las manos al cielo y las jóvenes parecían conternadas.

Y la manteca, y los huevos, y el tabaco, y las patatas, y hasta la ropa blanca, todo lo habían robado; cuanto más se miraba, más cosas se echaban de ménos.

La cólera recaía principalmente sobre los croatas; porque después de pasar el general, no temiendo ya á las quejas que podían darle los vecinos, se habían arrojado sobre las casas cual manada de hambrientos lobos, y sólo Dios sabe lo que hubo que darles para decidirles á partir, sin contar lo que tomaron.

Sensible es que la vieja Alemania tenga soldados más temibles para ella misma que los franceses. ¡Librenos Dios de tener necesidad de ellos otra vez!

Los muchachos como Hans Aden, Frantz Sepel, Nickel, Johann y yo, íbamos de puerta en puerta, mirando las tejas rotas, las persianas destrozadas, los cobertizos sin techo, y recogiendo los papeles de cartuchos y las balas aplastadas en las paredes.

Tanto nos regocijaban los hallazgos, que ninguno pensó regresar á casa antes de la noche.

Cerca de las dos encontramos á Zepheri Schmouck, el hijo del cesterero, que levantaba su roja cabeza y parecía más orgulloso que de costumbre. Algo traía escondido bajo la blusa, y cuando le preguntamos qué era, nos enseñó la culata de una pistola de hulano.

Entonces le siguió toda la banda.

Iba en medio de nosotros como un general, y al que encontrábamos le decíamos: «¡Tiene una pistola!» y el recién llegado se nos unía.

No hubiésemos dejado á Schmouck por un imperio: parecían que nos alcanzaba á todos la gloria de su pistola.

¡Así son los niños, y así son los hombres!

Cada uno se gloriaba de los peligros que había corrido durante el combate.

—Yo he oído silbar las balas, decía Frantz Sepel, en nuestra cocina han entrado dos.

—Yo he visto galopar al general de los hulanos con

su gorro encarnado, exclamaba Hans Aden; esto es mucho más terrible que oír silbar las balas.

Lo que á mí me enorgullecía, era que el comandante republicano me había dado un pedazo de torta, diciéndome: «Cómete eso con apetito.» Con lo cual me encontraba digno de tener una pistola como la de Zepheri; pero nadie quiso creerme.

Cuando pasamos delante del ayuntamiento, dijo Schmouck:

—Venid y vereis.

Subimos detrás de él la escalera, y delante de la puerta de la sala de sesiones, que tenía abierto un ventanillo, nos dijo:

—Mirad... ahí están los uniformes de los muertos...

Esta mañana los trajeron en una carreta maese Jeffer y el señor alcalde.

Y permanecimos más de una hora contemplando aquellos uniformes, subiéndonos unos sobre otros, y exclamando alguno: «¡Hans Aden, déjame mirar, que ahora me toca á mí!»

Los uniformes estaban amontonados en medio de la sala, iluminada por la luz gris de dos ventanas altas y enrejadas. Allí había sombreros de republicanos, gorras de pelo de los hulanos, tahalles, cartucheras, levitas azules, capas rojas, sables y pistolas. Los fusiles estaban apoyados contra la pared de la derecha, y las lanzas en fila más lejos.

Miedo daba ver aquello, y conservo muy vivo el recuerdo.

Al cabo de una hora, y cuando ya oscurecía, tuvo miedo uno y echó á correr escalera abajo gritando con terrible voz:

—¡Que vienen!

Todos nos precipitamos detrás de él, agitando las manos y tropezando en las paredes. Mucho me admira que ninguno nos rompiésemos el cuello, ¡tan grande era nuestro terror! Yo iba el último, y aunque me saltaba el corazón en el pecho con increíble fuerza, me detuve y volví la cabeza al pie de la escalera: todo estaba gris en el fondo del vestíbulo; la ventanita de la derecha iluminaba los escalones con oblicuos rayos; ni un suspiro turbaba el silencio bajo la sombría bóveda. A lo lejos se alejaban los gritos en la calle. Calculé que el tío estaría inquieto por mi ausencia, y marché solo, no sin volver la cabeza, porque me parecía que me seguían pasos furtivos y no me atrevía á correr.

Detúveme delante de la posada de las *Dos Llaves*, cuyas ventanas brillaban en la oscuridad. El ruido de los bebedores me tranquilizó; miré por la puerta entreabierta y vi á Koffel, el mauser, el Sr. Richter y otros muchos sentados delante de largas mesas de abeto, encorvada la espalda, apoyados los codos y teniendo delante botellas y vasos.

(Se continuará.)

REVISTA GENERAL.

Segun anuncian la mayoría de los periódicos, el general Serrano se dispone á volver á la Granja, verdadero teatro donde se dice que los unionistas preparan un magnífico drama de grande espectáculo, con acompa-

fiamento de bombo, platillos, descargas y tiros, que muy bien pudiera ser la continuación ó segunda parte de las célebres jornadas de 1856.

El general Serrano, el antiguo favorito de doña Isabel de Borbon, desando parodiad al célebre favorito de Felipe IV, ha dejado al lado de D. Amadeo á su esposa la señora duquesa de la Torre, y si este viaje saliera desmentido no reconocería otra causa sino que el pastel no se hallaba suficientemente amasado.

El Cascabel decía el otro día que los radicales podían contar con el poder hasta Setiembre, y que los unionistas no le perdonaban al Sr. Ruiz Zorrilla haberles *ganado la partida*: estamos conformes con el colega, y creemos que el ministerio progresista, por su ineptitud y su falta de radicalismo, será conocido dentro de poco con el gráfico nombre de *nube de verano*.

Segun noticias que hemos recibido, parece que en Placencia, pueblo insignificante de la provincia de Guipúzcoa, se han celebrado estos últimos días grandes é importantes reuniones: entre los diferentes personajes que á ellas han asistido, figuran Sagasta, Topete, Ulloa, los hermanos Concha, Zavala, Serrano Bedoya y otros varios generales.

Recomendamos al Sr. Ruiz Zorrilla estas *pacíficas* reuniones, tan *públicamente* celebradas y compuestas de elementos tan sumamente *liberales*.

La conducta del Sr. Ruiz Zorrilla aparece para algunos incomprensible: inocentes! Ruiz Zorrilla es lógico con el progresismo de su partido y de sus amigos: después de grandes programas, de pomposos ofrecimientos y de un exagerado radicalismo que rayaba en sentimental; después de atronarnos los oídos con tanta reforma y tanto himno de Riego, resulta lo que no podía ménos de resultar tratándose de progresistas: *palabras, palabras, palabras*.

El Sr. Iglesias, el esbirro sagastino, verdadero bajá de tres colas, que para mengua de los radicales y desgracia del país des gobierna, que no gobierna, la siempre culta y liberal ciudad de Barcelona, acaba de poner el sello á su reputación con los amaños é ilegalidades cometidas en las últimas elecciones de diputados celebradas en Barcelona, en las cuales, después de obtener el triunfo nuestro amigo y correligionario Martí, aparece en el escrutinio como elegido el célebre Sr. Soler y Matas, alcalde de Barcelona por obra y gracia de Iglesias, Sagasta y compañía.

No terminaremos sin aplicar al Sr. Iglesias aquellos conocidos versos, que parecen escritos expresamente para los gobernadores progresistas:

¿Qué es un corregidor en sus tres años?
Es un D. Sancho el Bravo en el primero,
es un D. Sancho Albarca en el segundo,
y es un D. Sancho Panza en el tercero.

La venida del hermano de D. Amadeo se dice que está relacionada con la alta política; se habla de ciertos

proyectos de Inglaterra é Italia, á los cuales se quisiera asociar á la noble y altiva España.

Recordaremos á los autores de esos proyectos, que afortunadamente pasó aquel tiempo en que España, convertida en una colonia extranjera, era la víctima de las ambiciones y caprichos de ciertos poderosos; hoy el pueblo español tiene la conciencia de su valer y de su fuerza, y seguros estamos de que rechazaría enérgicamente toda coalición extraña que trate de hacernos escabel de ambiciones ó aventuras.

La libertad de nuestro queridísimo amigo y colaborador ciudadano Roque Bárcia ha sido recibida con verdadero entusiasmo por España toda; son innumerables los telegramas, cartas y felicitaciones que recibe de todas partes, y la serenata con que le obsequiaron nuestros amigos de Madrid atrajo un inmenso concurso deseoso de saludar á tan honrado patricio, cuya frente se levanta hoy más que nunca erguida, y cuya vida se manifiesta hoy más limpia y más honrada que nunca.

Sanchez Ruano, el joven diputado de la minoría republicana, ha succumbido víctima de una cruel enfermedad; acompañamos á la familia en su justísimo dolor.

Los tristes sucesos ocurridos últimamente en Puerto Rico preocupan seriamente la atención pública.

Sobreexcitados los ánimos con las últimas elecciones allí verificadas, ha estallado una terrible exacción entre el paisanaje y los voluntarios; esperamos noticias detalladas para juzgar con datos positivos, y entre tanto protestamos contra la desacertada conducta del gobierno y de sus generales en nuestras Antillas, dignas por todos conceptos de una suerte mejor y de una mano que las ayude á levantar y no las obligue á caer.

El ex-prefecto Mr. Duportal y el ex-alcalde Mr. Castelban, acusados de proclamar la *Commune* en Tolosa, han sido absueltos por el jurado de aquella ciudad.

En Newy (Irlanda) se ha celebrado una gran reunión de *fenianos*, los cuales han atacado la casa de un protestante, obligando á intervenir á la policía.

A la reunión de los socialistas alemanes (Dresde) han asistido 150 delegados: Debel, Liebknecht, Schen, Most y York fueron aclamados frenéticamente por sus discursos en favor de la *Commune* y del sufragio universal.

El Claústro de la universidad de Vermont (Estados Unidos) ha decidido admitir señoras en las cátedras, haciendo un reglamento especial para ellas.

El cólera hace grandes estragos en las provincias de la Prusia oriental.

E. RODRIGUEZ SOLÍS.

Editores propietarios, J. CASTRO Y COMPAÑÍA.

Madrid: 1874.—Imp. de R. LABAJOS, calle de la Cabeza, 27.